

nas se encogieron y abrieron, y saltó la sangre á la cara de Harpsfield, que estaba al lado».—En la isla de Guernesey una mujer en cinta, condenada al fuego, parió en medio de las llamas; se sacó de allí á la criatura, pero los magistrados mandaron volverla á echar al fuego (1). El obispo Hooper fué quemado hasta tres veces en una hoguerita de leña verde. Había muy poca leña, y el viento se llevaba el humo. El mismo gritaba: «¡Leña, buena gente, leña, aumentad el fuego!» Se le tostaron las piernas y los muslos; una de las manos cayó antes de que expirase; duró así tres cuartos de hora; delante de él, en una caja, estaba su indulto para el caso de que quisiese retractarse. Contra las largas angustias de las prisiones infectas, contra todo lo que puede enervar ó seducir, eran invencibles; cinco murieron de hambre en Cantorbery; estaban aherrojados día y noche sobre la paja podrida, sin más abrigo que su ropa; entre tanto, circulaban entre ellos opúsculos que decían «que la cruz de la persecución» era un beneficio de Dios, «una joya inestimable, un antídoto soberano y probado contra el apego á la propia persona y la afición á la sensualidad mundana». Ante tales ejemplos el pueblo se levantaba. «No hay niño (escribía una dama al obispo Bonner) que no os llame Bonner el verdugo, y no tenga en la punta de los dedos, como el *Padrenuestro*, el número exacto de los que habéis quemado en la hoguera ó dejado morir de hambre en la prisión durante estos nueve meses... Habéis perdido los corazones de veinte mil personas, que hace un año eran papistas acérrimas.» Los asistentes alentaban á los mártires, y les gritaban que su causa era justa. «Hasta se dice (escribía el enviado

(1) Neal, *History of the puritans*, I, 69, 72.

católico) que varios han querido meterse voluntariamente en la hoguera al lado de los que se quemaban (1).» En vano había prohibido la reina, so pena de muerte, todas las muestras de aprobación. «Sabemos que son los hombres de Dios (gritaba uno de los asistentes); por eso no podemos menos de decir: ¡Que Dios los fortifique!» Y todo el pueblo respondía: «Amén, amén.»—No hay que asombrarse si, al advenimiento de Isabel, Inglaterra entró en el protestantismo á toda vela; las amenazas de la armada la impulsaron más adelante aún, y la Reforma se hizo nacional bajo la presión de la hostilidad extranjera, como se había hecho popular por el ascendiente de sus mártires.

## IV

Dos ramas distintas reciben la savia común: la una arriba; la otra abajo: la una respetada, floreciente, dilatándose al aire libre; la otra menospreciada, medio hundida en el suelo, hollada por los pies que quieren aplastarla; vivas las dos, la anglicana como la puritana, la una á pesar del esfuerzo que se hace por destruirla, la otra á pesar de los cuidados con que se procura desenvolverla.

La corte tiene su religión como el campo, religión sincera y que hace prosélitos; entre las poesías paganas que hasta la revolución ocupan siempre la escena del mundo, se ve surgir insensiblemente el grave y gran sentimiento que ha extendido sus raíces hasta el fondo del espíritu público. Varios poetas, Drayton, Davies, Cowley, Giles Fletcher, Quarles, Crashw, es-

(1) Despacho de Renard á Carlos V.

criben relatos sagrados, versos piadosos ó morales, nobles estancias sobre la muerte y sobre la inmortalidad del alma, sobre la fragilidad de las cosas humanas y sobre la suprema providencia, en quien halla el hombre el único sostén de su debilidad y el único consuelo de sus males. En los más grandes prosistas, en Bacon, Burton, sir Tomás Brown, Raleigh, se ve apuntar la veneración, la preocupación del obscuro *allende*, la fe y la oración, en resumen. Varias de las oraciones que escribió Bacon figuran entre las más hermosas conocidas, y el cortesano Raleigh, contando la caída de los imperios y cómo «un populacho de naciones bárbaras había derribado al fin aquel grande y magnífico árbol de la dominación romana», acababa su libro con las ideas y el acento de un Bossuet. Representémonos la iglesia de San Pablo de Londres y la sociedad elegante que allí se da cita, los caballeros que van metiendo ruido por el atrio con sus espuelas de roseta, que hablan y lanzan ojeadas durante el culto, que juran por los ojos de Dios y por los párpados de Dios, que entre los arcos y las capillas lucen sus zapatos adornados de cintas, sus cadenas, sus bandas, sus jubones de raso, sus capas de terciopelo, sus aires de bravucones y sus ademanes de actores. Todo eso es muy libre, muy desenfadado, muy distante del decoro moderno. Pero dejad pasar el ardor juvenil; ved al hombre en los momentos solemnes, en la cárcel, en el peligro, ó, por lo menos, cuando vienen los años, cuando llega á juzgar la vida; vedle sobre todo en el campo, en su apartado dominio, en la iglesia de la aldea de que es patrón, ó bien por la noche, en su mesa, escuchando la oración que recita su capellán, y sin más libros que algún tomazo en folio de dramas, resobado por los dedos de sus pajes, su *Prayer Book* y su Bi-

blia; comprenderéis entonces cómo habla la nueva religión á esos espíritus imaginativos y serios. No los repele con un estrecho rigorismo; no coarta el vuelo de su pensamiento; no trata de apagar la llama de su fantasía; no proscribela belleza; conserva más que ninguna Iglesia reformada las nobles pompas del antiguo culto, y llena las bóvedas de sus catedrales con las ricas modulaciones, con las majestuosas armonías de un canto grave que el órgano apoya y acompaña. Su carácter propio es no estar en oposición con el mundo, sino, al contrario, asociarle á sí asociándose á él. Por su condición civil, como por su culto exterior, se penetra con la sociedad: porque tiene por jefe á la reina; es un miembro de la Constitución; envía sus dignatarios á los escaños de la Cámara alta; casa á sus sacerdotes; sus beneficios son de nombramiento de los grandes; sus principales miembros son los segundones de las grandes familias, y por todos esos canales recibe el espíritu del siglo.

Así, en sus manos, la Reforma puede no hacerse hostil á la ciencia, á la poesía, á las amplias ideas del renacimiento. A la inversa: entre los nobles de Isabel y de Jacobo I, como entre los caballeros de Carlos I, tolera los gustos del artista, las curiosidades del filósofo, las maneras mundanas y el sentimiento de lo bello. La alianza es tan fuerte que, bajo Cromwell, los eclesiásticos en masa se dejaron destituir por el príncipe, y los caballeros se dejaban matar por la Iglesia. Por ambas partes los dos mundos se tocan y confunden. Si varios poetas son piadosos, varios eclesiásticos son poetas—el obispo Hall, el obispo Corbet, el rector Wither, el predicador Donne.—Si varios laicos se elevan á las contemplaciones religiosas, varios teólogos, como Hooker, John Hales, Taylor, Chilling-

worth, llevan al dogma la razón y la filosofía. Vemos entonces formarse una literatura nueva, elevada y original, elocuente y mesurada, armada á la vez contra los puritanos, que sacrifican á la tiranía del texto la libertad de la inteligencia, y contra los católicos, que sacrifican á la tiranía de la tradición la independencia del examen; igualmente opuesta al servilismo de la interpretación literal y al servilismo de la interpretación impuesta.—En frente de los primeros aparece el sabio y excelente Hooker, uno de los hombres más dulces y conciliadores, uno de los lógicos más sólidos y persuasivos, inteligencia comprensiva, que en toda cuestión se remonta á los principios (1), y trae á la controversia las concepciones generales y el conocimiento de la naturaleza humana; á más de eso, escritor metódico, correcto y siempre amplio, digno de ser mirado, no sólo como uno de los Padres de la Iglesia inglesa, sino como uno de los fundadores de la prosa inglesa. Con gravedad y sencillez sostenidas, muestra á los puritanos que las leyes de la naturaleza, de la razón y de la sociedad, son como la ley de la Escritura, de institución divina, que todas igualmente son dignas de respeto y de obediencia, que no hay que sacrificar la palabra interior, con que Dios habla á nuestra mente, á la palabra exterior, con que Dios habla á nuestros sentidos; que, así, la constitución civil de la Iglesia y la organización visible de las ceremonias pueden ser conformes á la voluntad de Dios, aunque no estén justificadas por un texto palpable de la Biblia, y que la autoridad de los magistrados, como el razonamiento de los hombres, no se extralimita de sus derechos al establecer ciertas uniformidades y ciertas

(1) *The Ecclesiastical polity*, 1594. En folio.

disciplinas sobre las cuales ha guardado silencio la Escritura para dejar decidir á la razón. «Porque si la fuerza natural de nuestra mente puede alcanzar, con la experiencia y el estudio, tal madurez que, en lo tocante á las cosas humanas, logren los hombres edificar algo con arreglo á su propio juicio, ¿no tenemos motivos para pensar que, aun en las cosas divinas, esa misma mente provista de los auxilios necesarios, ejercitada en la Escritura con igual diligencia, y asistida por la gracia del Dios omnipotente, podrá adquirir tal perfección de saber, que siempre que se ponga en duda una cosa tocante á la fe y á la religión, los hombres tendrán justa causa para inclinar su espíritu hacia la opinión que declaren más sólida hombres tan graves, tan sabios, tan instruidos en esas materias (1)?»

No se desdeñe, pues, «esa luz natural», sino, al contrario, utilicémosla para acrecentar la otra (2), y sobre todo para vivir en armonía unos con otros. «Porque trabajar bajo el mismo yugo, como hombres que aspiran á la misma recompensa eterna de su labor, estar unidos á vosotros por los lazos de un amor y de una amistad indisolubles, vivir como si, á pesar de ser varias nuestras personas, nuestras almas no formasen más que una, sería para nosotros una satisfacción mucho más grande (tan escaso es el placer que nos proporcionan estas disputas) que permanecer desunidos como estamos, y gastar nuestros cortos y miserables días en la enojosa prosecución de estas fatigosas contiendas.»—En efecto: hacia la armonía convergen los más grandes teólogos; por encima de la prác-

(1) Lib. II, pag. 54.

(2) Véase los *Diálogos de Galileo*; la misma idea, perseguida en Roma por la Iglesia, es defendida por la Iglesia en Inglaterra.

tica opresora se elevan al espíritu liberal. Si, por su estructura política, la Iglesia anglicana es perseguidora, por su estructura doctrinal es tolerante; necesita demasiado de la razón laica para negárselo todo á la razón laica; vive en una sociedad demasiado culta y demasiado pensadora para proscribir el pensamiento y la cultura. Su doctor más eminente, John Hales (1), «declara varias veces que renunciaría mañana á la religión de la Iglesia de Inglaterra, si le obligase á pensar que se condenarán otros cristianos; y que no se cree condenados á los demás, sino cuando se desea que lo estén (2).» Él mismo, todo un teólogo, aconseja á los hombres que no se fíen más que de sí mismos en materia de religión, que no se remitan á la autoridad, ni á la antigüedad, ni á la mayoría, que se sirvan de su razón para creer, «como de sus propias piernas para andar», que obren y sean hombres por su inteligencia como por todo, y que consideren como cosas cobardes é impías la pereza de pensar y el vivir de doctrinas prestadas. Al lado de él, Chillingworth, espíritu militante y leal por excelencia, el más exacto, penetrante y convincente de los polemistas, protestante en un principio, luego católico, después nuevamente y para siempre protestante, se atreve á declarar que esos grandes cambios operados en él y por él mismo, á fuerza de estudios y de investigaciones, «son, de todos sus actos, los que más le satisfacen». Sostiene que sólo la razón aplicada á la Escritura debe persuadir á los hombres; que la autoridad no puede tener tal pretensión; «que nada es más contrario á la religión

(1) Testimonio de Clarendon.

(2) Véase en J. Taylor las mismas doctrinas. (*Liberty of prophesying*) 1647.

que violentar la religión»; que el gran principio de la Reforma es la libertad de conciencia, y que, si las doctrinas de las diversas sectas protestantes «no son absolutamente verdaderas, están libres, por lo menos, de toda impiedad y de todo error condenable en sí ó destructor de la salvación». Así se desarrolla una polémica, una teología, una apologética sólida y sensata, rigurosa en sus razonamientos, capaz de progreso, provista de ciencia, y que, autorizando la independencia del juicio personal al mismo tiempo que la intervención de la razón natural, deja la religión al alcance del mundo, y las instituciones del pasado á merced del porvenir.

En medio de ellos se eleva un escritor de genio, un poeta en prosa, dotado de imaginación como Spencer y como Shakspeare, Jeremías Taylor, que, así por las tendencias de su espíritu como por los acontecimientos de su vida, estaba destinado á presentar á los ojos la alianza del renacimiento y de la Reforma, y á transportar al púlpito el estilo florido de la corte. Predicador en San Pablo, gustado y admirado de las personas de mundo «por su belleza juvenil y floreciente, por su aspecto atractivo» y su dicción espléndida, protegido y colocado por el arzobispo Laud, escribió para el rey una defensa del episcopado, se hizo capellán del ejército real, fué arruinado y aprisionado dos veces por los parlamentarios, se casó con una hija natural de Carlos I, y después de la restauración se vió colmado de honores, llegó á ser obispo, miembro del Consejo Privado y canciller de la Universidad de Irlanda; por todas las partes de su vida, afortunada y desgraciada, privada y pública, se ve que es anglicano, realista, hombre imbuido en el espíritu de los caballeros y de los cortesanos. Y no es que tuviese sus vicios. Al re-

vés: no hubo hombre mejor ni más honrado, más celoso de sus deberes, más tolerante por sus principios; de suerte que, conservando la gravedad y la pureza cristianas, no ha tomado del renacimiento más que su rica imaginación, su erudición clásica y su espíritu libre. Pero, por lo que hace á estos dones, los tiene íntegros, tales y como se ofrecen en los personajes más brillantes é inventivos de la sociedad, en sir Felipe Sidney, en lord Bacon, en sir Tomás Brown, con las gracias, las magnificencias y las delicadezas propias de esos genios tan sensitivos y tan creadores, al par que con las redundancias, las singularidades y desafinaciones inevitables en una época en que el exceso de la fantasía impedía la seguridad del gusto. Como todos esos escritores, como Montaigne, se halla empapado en la antigüedad clásica; cita en el púlpito anécdotas griegas y latinas, pasajes de Séneca, versos de Lucrecio y de Eurípides, y eso al lado de los textos de la Biblia, del Evangelio y de los Padres. Aún no imperaba el *cant*; las dos grandes fuentes de enseñanza, la pagana y la cristiana, fluían una al lado de otra, y se recogían sus aguas en el mismo vaso, sin creer que la sabiduría de la razón y de la naturaleza pudiese dañar á la sabiduría de la fe y de la revelación. Figurémonos, pues, esos sermones extraños, donde las dos erudiciones, la helénica y la evangélica, afluyen juntas con los textos, y cada texto citado en su lengua; donde, para probar que los padres suelen tener desgracia con sus hijos, el autor cita, uno tras otro, á Chabrias, Germánico, Marco Aurelio, Hortensio, Quinto Fabio Máximo, Escipión el Africano, Moisés y Samuel; donde, á guisa de comparaciones é ilustraciones, se acumulan las historietas y los documentos botánicos, astronómicos y zoológicos que las enciclopedias y los des-

varios científicos siembran en las inteligencias por entonces.

Taylor os contará la historia de los osos de Pannonia que, heridos, se traspasan más hondamente; la de las manzanas de Sodoma, de bella apariencia, pero llenar, por dentro, de podredumbre y de gusanos, y otras anécdotas. Porque es nota distintiva de los hombres de este tiempo y de esta escuela no tener la inteligencia rasa, allanada, cuadrículada, cruzada por calles rectilíneas, como la de nuestros escritores del siglo xvii y como los jardines de Versalles, sino llena y atestada de hechos circunstanciados, de escenas completas y dramáticas, de cuadritos coloreados, todo ello revuelto y mal desempolvado; de suerte que el espectador moderno, perdido dentro del hacinamiento y del polvo, elama y se subleva, no viendo más que rudeza y pedantería. Las metáforas se atropellan unas á otras, se estorban unas á otras, se cortan unas á otras la salida, como acontece á Shakspeare. Cuando se creía seguir una, ya está empezando una segunda, que al momento viene á cortar una tercera; y así sucesivamente, flor sobre flor, girándula sobre girándula, se asiste á un centelleo continuo que acaba por enturbiar la claridad y ofuscar la vista.—En cambio, y por virtud de esa misma complexión de la mente, Taylor imagina los objetos, no de una manera vaga y pálida por alguna indistinta concepción general, sino de una manera plena y precisa, tales y como son, con su color sensible, con su forma propia, con la multitud de pormenores *verdaderos* y *particulares* que los distinguen dentro de su especie. No los conoce de oídas; los ha visto. Más aún; los ve en aquel momento, y los hace ver. Léase este pasaje, y dígase si no parece copiado en un hospital ó en un campo de batalla: «¿Cómo pode-